

de Aquiles de estas sociedades, pero también el escalón paradójico desde el que los letrados nos asomamos a la modernidad, y a la postmodernidad; movilizó la conciencia nacional de los intelectuales y artistas de los distintos países hispanoamericanos y generó numerosos procesos de rebelión” (p. 12).

Claudia Caisso

Universidad Nacional de Rosario

***El Hijo del Abuiçote*. Edición facsimilar de Daniel Gutiérrez Pedreiro. Prólogo de Sofía Irene Velarde Cruz y Epílogo de Fredo Arias de la Canal. México D.F.: Frente de Afirmación Hispánica, 2010. XIII + 311 pp.**

Por primera vez desde su aparición en 1885 el periódico ilustrado mexicano *El Hijo del Abuiçote* resurge en una edición facsimilar de 20 números escogidos desde 1896 a 1902 que Daniel Gutiérrez Pedreiro, Sofía Irene Velarde Cruz y Fredo Arias de la Canal ponen en nuestras manos. Esta pionera selección de ejemplares recogidos de archivos de particulares y de repositorios mexicanos y extranjeros da vida a uno de los semanarios ilustrados más importantes en la historia mexicana del siglo XIX.

Esta edición facsimilar de *El Hijo del Abuiçote* abre una nueva posibilidad de interpretar los usos y costumbres mexicanas en el cambio de siglo y la realidad mexicana bajo el gobierno de Porfirio Díaz, preludio de la Revolución. Como bien lo sugieren sus editores desde el prólogo y el epílogo, la edición facsimilar de este semanario a cien

años de la Revolución Mexicana no deja de tener vigencia en su modo y forma de hacer crítica política y cultural. Su despiadado humor local e internacional y su corrosiva crítica a las instituciones mexicanas y al gobierno resuenan en la narrativa visual de *La Familia Burrón*, *Las aventuras del Dr. Simi* y en *Operación Bolívar*, sólo por mencionar algunos ejemplos actuales que se aglutinan en un mismo discurso gráfico.

En el prólogo, Velarde Cruz nos introduce a la turbulenta historia de *El Hijo del Abuiçote* a través del relato biográfico de sus creadores y sus condiciones históricas de producción. El semanario ilustrado –que por momentos aparece con el subtítulo “México para los mexicanos”– fue fundado en 1885 por Daniel Cabrera, quien fuera escritor y dibujante de muchas de las notas y de las ilustraciones del semanario (bajo el pseudónimo de “Fígaro”). *El Hijo del Abuiçote* tenía la pretensión de seguir la tarea del periódico *El Abuiçote* (1874-75), heraldo de un elevado tono crítico al mandato de Sebastián Lerdo de Tejada (1872-1876). Ya con Porfirio Díaz en el poder, *El Hijo* siguió las huellas de “su padre”, convirtiéndose en un ícono del periodismo de oposición de la Ciudad de México, así como lo indica su lema que se mantuvo del primero al último número: “Semnario Independiente de oposición con todo lo malo”.

La fuerte censura mediática y las restricciones de libertad de imprenta impuestas por Díaz hacen que *El Hijo del Abuiçote* cambie en numerosas ocasiones de casa de impresión y de redacción dentro de la ciudad. En 1900, por problemas de

salud, Cabrera deja de modo provisorio en la dirección a Remigio Mateos. Dos años más tarde, el semanario pasa a manos de Néstor González, hasta que se hace activa la presencia de los jóvenes del Club Liberal Ponciano Arriaga para, en julio, quedar a cargo de Ricardo Flores Magón. Para esa época, el ataque del Gobierno a los medios de comunicación se agudiza dejando en septiembre de 1902 al semanario censurado y a Flores Magón encarcelado. En el epílogo de esta edición, Fredo Arias de la Canal reproduce parte del *Epistolario Revolucionario e Íntimo* de Flores Magón que refiere al episodio de la clausura del semanario y su persecución política. Finalmente, la dirección de *El Hijo del Ahuizote* es retomada por Juan Sarabia hasta principios de 1903, cuando el gobierno de Díaz clausura los talleres de impresión, confisca la imprenta y prohíbe definitivamente la publicación de *El Hijo del Ahuizote*. Se conocen algunos intentos editoriales a principios del siglo que continúan la tradición de este semanario ilustrado, como *El Nieto del Ahuizote* o *El Bisnieto del Ahuizote* que, desafortunadamente, también siguen con la tradición de ser clausurados y prohibidos por el gobierno.

Desde el prólogo, Velarde Cruz recompone con efectividad y de modo sucinto la dimensión sociológica de la publicación en cuanto a su precio, su tirada de ejemplares por mes, su circuito de circulación y reparto y su público lector. Desde aquí, la editora pasa al contenido del semanario. *El Hijo del Ahuizote* no sólo atacó sostenidamente las políticas de Porfirio Díaz,

sus diputados y sus ministros, sino que también se presentó como un órgano de denuncia de la influencia de la Iglesia católica en el poder y de la influencia de los capitalistas y empresarios españoles (o los “gachupines”) en México. Los “gachupines”, según el semanario, realizaban su “conquista pacífica” ante la imposibilidad de conquistar el “Atlántico” después de la derrota en Cuba a fines de siglo (139). Estos tres frentes de crítica (a las instituciones estatales, la Iglesia y los capitalistas españoles) se encuentran bien detallados y ejemplificados en esta edición facsimilar.

Del mismo modo, el prólogo dedica la mitad de sus páginas a la dimensión visual del semanario en la sección “*El Hijo del Ahuizote*: un ilustrador de su época”. Evidentemente, esta sección refuerza el plano histórico-documental de la edición; nadie puede negar que *El Hijo del Ahuizote* es un testigo de su propio presente y que su repertorio visual también se puede articular como un “documento” en el archivo de la nación. Ésta es una corriente muy popular para los críticos culturales que consideran que los estudios de cultura visual se pueden simplificar en la recolección y catalogación de imágenes que completan los vacíos que dejan los textos en las historias nacionales. En este sentido, con pocas palabras, el prólogo de Velarde Cruz pone a jugar a las imágenes y los textos del semanario en sus propios términos, en su propia coherencia icnográfica (la imagen definida por sí misma) e iconológica (el *icono* en su relación con el *logos*).

En la narrativa visual de *El Hijo del Ahuizote* podemos apreciar las primeras tiras cómicas (llamadas “historietas gráficas”), su ácida caricatura política de actualidad nacional e internacional y la integración de imágenes de otros periódicos en sus páginas. La prologuista ilumina cómo, al incorporar las ilustraciones del dibujante político francés Caran d'Ache, las caricaturas de tipos parisinos de Alfred Grévin y la sátira del periódico neoyorquino *Puck*, el semanario mexicano participaba de un discurso gráfico común en la prensa mundial y, al mismo tiempo, construía sus propios tipos locales con ilustradores como Eugenio Olvera, Santiago Hernández, Jesús Martínez Carrión y con el inconfundible ingenio de José Guadalupe Posada.

En definitiva, esta edición de *El Hijo del Ahuizote* nos invita a pensar la prensa ilustrada del XIX como un lugar privilegiado para el análisis de relaciones iconográficas e iconológicas; en efecto, los periódicos ilustrados decimonónicos encarnan la relación entre imágenes y textos como ningún otro medio.

Sebastián Díaz-Dubalde
Dartmouth College

Erin Graff Zivin, *The Wandering Signifier. Rhetoric of Jewishness in the Latin American Imaginary*. Durham: Duke U P, 2008. 222 pp.

En *The Wandering Signifier*, Erin Graff Zivin estudia lo judío (Jewishness) como un signo que, utilizado en textos literarios de escritores argentinos, brasileños y

mexicanos, no sólo alude a representaciones de judíos, sino que también hace referencia a la ansiedad por la diferencia en la cultura latinoamericana moderna. Para ello se basa en los escritos de Max Silverman, Zygmunt Bauman, Slavoj Žižek, Bryan Chetter y Laura Marcus que teorizan la figura del judío en la cultura occidental. A partir de estas lecturas, la autora propone que lo judío es un significante abierto a múltiples y contradictorias caracterizaciones de los judíos, afirmando, entonces, el carácter ficcional de este signo. Seguidamente, Graff Zivin analiza un escrito de Jorge Luis Borges de 1951 en donde el intelectual argentino destaca la preeminencia de los judíos en la cultura occidental que actúan simultáneamente como miembros y observadores de las sociedades en las que habitan. De esta manera, el presente estudio se diferencia de otros sobre judío-latinoamericanos que analizan la identidad de esta comunidad étnica y sus relaciones con las distintas sociedades latinoamericanas así como de los que trazan evidencias de signo judío, como las alusiones cabalísticas en la literatura latinoamericana. El enfoque de esta publicación reside principalmente en analizar la relación entre judíos reales e imaginarios en el contexto latinoamericano para indagar sobre su funcionalidad cultural y retórica. Así, Graff Zivin sostiene que lo judío es una forma de representación de los “otros” como forma de referirse a la heterogeneidad cultural de Latinoamérica, ya sean afro-latinoamericanos, indígenas o